

INSTITUTO DE ESPAÑA

ANALES
DE LA
**REAL ACADEMIA NACIONAL
DE MEDICINA**

AÑO 1987 - TOMO CIV

CUADERNO TERCERO

SESION NECROLOGICA
SESIONES CIENTIFICAS
SOLEMNE SESION



SOLEMNE SESION PUBLICA

DIA 26 DE MAYO DE 1987

PRESIDIDA POR EL EXCMO. SR. D. JOSE BOTELLA LLUSIA

**ELOGIO Y RECUERDO EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DE DON GREGORIO MARAÑÓN**

Intervención de los señores:

Dr. JUSTO GIMENA

Prof. FRANCISCO JAVIER GARCÍA-CONDE

Prof. ANGEL SANTOS RUIZ

Prof. AMADOR SCHÜLLER

Prof. GABRIEL RICHET

Prof. JOSÉ BOTELLA LLUSIÁ

DON GREGORIO MARAÑÓN EN EL HOSPITAL

Por el Dr. D.

JUSTO GIMENA

Creo que la razón fundamental para intervenir en este caso, en memoria del centenario de mi maestro, querido y admirado el Dr. Marañón, se debe fundamentalmente a haber estado treinta y siete años a su lado en el Hospital Provincial de Madrid.

Cuando ingresé en el tercer año de mi carrera, conseguí que don Gregorio me reclamara.

Entonces ya tenía gran prestigio. Terminada su carrera en 1910, estuvo un año en Francfort (Alemania) trabajando en Bioquímica con Ehrlich. En ese tiempo apareció el Salvarsán. En el año 1911, regresó a Madrid para hacer las oposiciones a Jefe de departamento del Hospital Provincial. Obtuvo el número 1. Eligió el departamento

de enfermedades infecciosas, cuyo estado era ciertamente muy deficiente para los enfermos y para la labor docente. No obstante, contaba con el mejor medio para aprender y enseñar medicina entonces y ahora: *el enfermo*.

Pasados bastantes años, desapareció el departamento de infecciosas. Los enfermos fueron trasladados al Hospital del Rey, que dirigió don Gregorio. Fundó el Instituto de Patología Médica, en el cual intervino él, con algo más que como consejero, pero de esto nunca se habló. El Instituto, tenía las instalaciones necesarias para el enfermo y para la escuela del maestro, servicios de especialidades, consultas, aula, biblioteca, laboratorio, y un departamento de patología experimental.

El Instituto de Patología médica, partía con gran prestigio, por tenerlo su director, y aumentaría con la contribución de los medios de trabajo, con la puesta al día, científica y materialmente.

Don Gregorio ya era un endocrinólogo de fama mundial. Inició en España el estudio de las hormonas, y decía que el tiempo todo estaba ganado por las doctrinas hormonales que lo arrastraban como un torrente. Pero don Gregorio, no obstante estas hermosas palabras, era un humanista, y por esta condición amaba al enfermo. Esto hizo de él un gran médico internista. Buen testimonio de esta condición es su *Diagnóstico etiológico*, que va por la decimotercera edición y es seguro que está en casi todas las bibliotecas de médicos españoles y en muchas de extranjeros.

Don Gregorio, llegaba al Instituto a las diez, puntualmente, y se marchaba aproximadamente a la una de la tarde. El programa aparentemente igual, era distinto cada día y se distribuía según la materia y el horario, entre la consulta, visita a salas de enfermos, conferencias, entre ellas las lecciones de endocrinología, cuando fue nombrado catedrático de esta asignatura directamente por ser innecesaria la oposición; sesiones clínicas, etc. A estos trabajos, asistían estudiantes y médicos ajenos al Instituto, algunos extranjeros, especialmente iberoamericanos. Cuando la materia se prestaba a ello, podía intervenir cualquiera que lo deseara.

También se daban conferencias, generalmente por médicos prestigiosos cuando lo solicitaban o eran invitados a ello.

Don Gregorio las dio muchas veces, por ser invitado dentro y fuera de España.

Cuando alguien deseaba trabajar en el Instituto, podía hacerlo sin carta de recomendación, si su comportamiento había sido correcto

y causaba buena impresión; no importaba su ideología ni el color de su piel.

Prestaba mucha atención a la lectura de la historia clínica, era frecuente que hiciera algunas preguntas al enfermo y comprobara algún dato de la exploración, a veces lo hacía para dar más confianza. Si existía algún error, lo corregía con tanta sencillez, con tanta naturalidad, que casi lo compartía. No enrojecía la cara del historiador. Si el error era de don Gregorio, hecho excepcional, pero humanamente posible, rectificaba como antidogmático, no presumía de autoritarismo, al recetar era muy estricto, muy moderado, decía que con ese proceder había hecho a sus enfermos tanto bien como cualquier otro médico más aficionado a la polifarmacia. Esto me recuerda una anécdota: doña Lola, que había pasado cincuenta años doblada sobre la máquina de escribir, y fue su gran consejera, me dijo un día: usted cree que Gregorio toma la cantidad de medicamentos que usted le receta, no es así; lo parte y toma la mitad, la otra mitad yo la pongo en un alimento. Seguramente llevaba razón don Gregorio. Siempre daba esperanza al enfermo, era un gran humanista, un sembrador de esperanzas.

Su oratoria docente era sencilla y sin citas bibliográficas. El gran prestigio de don Gregorio, se proyectaba sobre el Instituto, así como su bondad y categoría, que a juicio de Laín Entralgo se aproximaba a la de Cajal. El hombre, el maestro, con su gran humanismo, le hacía ver sólo lo bueno de las personas. En sus enemigos, todos los tenemos, sólo veía los blancos dientes del lobo.

Llegó la muy temida jubilación, don Gregorio estaba en perfecta forma. Fuimos informados de la conducta a seguir para obtener la continuidad.

En principio, era necesaria la petición de sus compañeros del Hospital. Fui encargado de esa gestión. Me puse al habla con don Carlos Jiménez Díaz; le pareció la idea excelente. Al día siguiente nos vimos en su clínica y redactó la solicitud que yo llevé a todos los jefes del Hospital, que la firmaron con mucho gusto. A estos siguieron otras gestiones en las que él no intervino. Se consiguió el objetivo: El nombramiento de *Profesor Emérito*. Parece que no había precedente. Seguramente se tuvo en cuenta el gran prestigio que había dado al Hospital el Dr. Marañón con la creación del Instituto de Patología Médica. Don Gregorio aceptó contento, y no digamos sus colaboradores. Renunció al sueldo.

Para celebrar el acontecimiento, dimos una comida al maestro sus colaboradores.

Don Gregorio y contra su costumbre de no pronunciar discursos, pronunció en esta comida uno muy bonito sobre el significado de la jubilación y dijo que no se sentiría feliz sin nuestra compañía. Al dar las gracias a todos por igual, citó mi nombre, nombrándome Quijote de Villarrobledo, mi manchego pueblo, recordando a Don Quijote de la Mancha, ¡nada menos!

Con el nombramiento, se hacía justicia a los extraordinarios valores de don Gregorio, se mantenía su escuela y se llevó la alegría a sus colaboradores.

Se premió de esta manera a uno de los más valiosos hijos de España.

MARAÑÓN: EVOCACION Y NOSTALGIA

Por el Prof.

FRANCISCO JAVIER GARCIA CONDE-GOMEZ

Académico de Número, presidente de la Real Academia de Medicina de Valencia

Una mañana de octubre de 1931 el aula sexta del viejo Colegio de San Carlos rebosaba de médicos y estudiantes que acudían a escuchar la primera lección del Dr. Gregorio Marañón y Posadillo, nombrado poco tiempo antes Catedrático Extraordinario de Endocrinología Médica, asignatura opcional del Doctorado.

Marañón entró en el aula con su naturalidad habitual y se dispuso a intervenir. Sus primeras palabras justificaron su nombramiento por un procedimiento, sin oposición, entonces no habitual. No era el gran maestro un enemigo obsesivo de las oposiciones que había realizado con gran éxito en 1911, dos años más tarde de terminar su carrera y uno después de haber defendido su tesis doctoral, para ingresar en la Beneficencia Provincial y ser adscrito, a su petición, al servicio de enfermedades infecciosas, que entonces, y antes de ser creado el hospital del Rey, se hallaba integrado en el Hospital General. Consideraba Marañón, cumplidos ya cuarenta y cuatro años; que sus actividades en el campo de la Endocrinología Clínica, que habían recibido

la más alta estimación dentro y fuera de España, sobre la cual había llevado a cabo una intensa labor docente en su servicio hospitalario, constituían pruebas públicas de su vocación, su información y su aptitud, para la tarea que se le había encomendado.

Expuso seguidamente ante todos nosotros, algunos aspectos de la disciplina en los que brillaban el sentido clínico, iluminado por una interpretación apoyada en los datos posibles en aquella hora de la medicina, y la experiencia, que permite hablar con precisión de aquello que ha sido observado personalmente.

El problema inicial fue, «el bocio y el cretinismo endémico». La curiosidad de Marañón por las enfermedades del tiroides se inicia en su Tesis Doctoral, «La sangre en los estados Tiroideos», defendida en 1910. Pero lo que expone ante nosotros es su experiencia en las Hurdes donde había acudido con Su Majestad el Rey don Alfonso XIII, que había cristalizado en un libro publicado en 1927, en el que destacaban dos aspectos llenos de futuridad: desde el punto de vista etiológico la causa del bocio y el cretinismo endémico, en realidad dos aspectos de un mismo problema, matizados por la edad en que se exteriorizan, habían sido puestos en relación por *Chatin* y *Prevost* en el siglo XIX con la escasez de yodo en las aguas de los lugares donde aparecían. Marañón establece el criterio de que el aislamiento de estos lugares con insuficiente aporte de alimentos, pescados en cuanto al yodo, y carnes en cuanto a las proteínas, son hechos de singular importancia causal. *Harrington* y *Bergen* pondrían de manifiesto como la ionización de un aminoácido, la tirosina, inicia la síntesis de hormonas tiroideas que trabajos ulteriores, *Pitts-Rivers* y colaboradores llevarían hasta la creación de las tironinas, T_4 y T_3 , siendo el factor activo la última de ellas fruto de la diiodización en las estructuras, «diana». El aislamiento y la pobreza se acompañan de falta de higiene, frío, oscuridad y estercoleros, de los cuales, según *Hak*, se desprenden sustancias que actúan sobre la glándula tiroidea, y que como todos los factores anteriormente mencionados dificultan la síntesis tiroidea o aumentan las necesidades hormonales produciéndose el bocio con una finalidad compensadora. Para Marañón el bocio es la expresión de la adaptación del tiroides ante la pobreza de los elementos necesarios para desarrollar su actividad, con sus propias palabras: «aumenta su superficie de recepción como el pulmón ante la falta de aire». Es verdad: la hiperplasia e hipertrofia de los tirocitos y su metaplasia, dinamizados por la T.S.H., constituyen

un fenómeno de adaptación realizado con la singularidad estructural de la glándula tiroidea.

A continuación expuso don Gregorio algunos aspectos de la «insuficiencia suprarrenal crónica», en la que la tenía, y culminó después, tan alta experiencia. Aunque la descripción inicial de este proceso había sido atribuida a Thomas Addison, quien dio a conocer en 1855 once casos, en los que destacaban la pigmentación cutánea, de color pardo sucio o bronceado, la debilidad cardíaca, y las astenias de la cual dijo, «se vuelven lánguidos y cansinos, incapaces de cualquier trabajo físico o mental». Para Marañón, la prioridad descriptiva se debe a un religioso Jerónimo, el padre Sigüenza, quien hizo la primera observación al encontrar las manifestaciones de este cuadro en 1577 en un fraile campanero del monasterio de El Escorial, en el cual surgieron todas las manifestaciones como consecuencia del miedo que experimentó ante un incendio producido por un rayo que alcanzó una de las torres del edificio. En la experiencia de Marañón la base estructural del proceso era la caseosis bilateral de las suprarrenales, todo ello de origen tuberculoso, parcialmente calcificadas posteriormente. La atrofia bilateral esencial es hallazgo más frecuente en otras estadísticas. Ambas alteraciones determinan el 90 por 100 de los casos de este proceso y sólo queda un 10 por 100 para los restantes factores causales. Para Marañón la pigmentación cutáneo-mucosa era base imprescindible para el diagnóstico. En años posteriores nos hablaría de los «Addisonianos blancos», con ausencia de melanodermia, hecho puesto en conexión años después con la insuficiencia suprarrenal de origen central por inadecuada secreción de corticotropina que integra en su estructura la hormona melanofora vinculada a sus aminoácidos 4-10 y 11-17 imprescindibles para que la pigmentación se produzca. Consideramos que la enfermedad de Seehan (1937), es una de las causas más frecuentes de estos acontecimientos. En los años en los cuales Marañón se enfrentó con este cuadro, entonces de curso progresivo y fatal, poco podía hacerse, aparte de la dieta por él aconsejada, rica en H.C., moderada en proteínas y abundante en grasas para compensar la deslipoidización glandular acompañada de aquellos sellos de cloruro sódico y de la confianza que el maestro inspiraba con su cordial asistencia y que plasmó Vázquez Díaz en un cuadro inolvidable. Nunca fueron brillantes los resultados obtenidos con los extractos de corteza suprarrenal que poco antes de su muerte se aplicaron a Su Majestad el Rey Jorge V, de la Gran Bretaña, y tampoco los obtenidos con D.O.C.A. Las hidracidas alcanzarían una mejoría

del estado general. En los años en que la vida del maestro llegaba a su fin los glucocorticoesteroides, concretamente los biológicos, como la cortisona, asociados eventualmente a los minerocorticoesteroides, han controlado la enfermedad en modo similar a como lo hace la insulina con la D.M.

Seguidamente pasó a exponernos una curiosidad dentro de las endocrinopatías, la macrogenitosomía precoz, cuadro no frecuente y del cual Marañón sólo había observado pocos casos, de siete daría cuenta, uno sólo del sexo femenino; en su «Manual de enfermedades endocrinas y del metabolismo», publicado en Argentina en 1939. Estaba caracterizado por un aumento precoz y exagerado de los caracteres sexuales primarios y secundarios, acompañados o no de pubertad precoz y asociados a manifestaciones compresivas neurológicas debidas a la tumoración creada a expensas de los pinealocitos, células epifisarias cuyo carácter endocrino había señalado Cajal y Achúcarro en los primeros años de este siglo. En 1898, *Heubner* había identificado en la autopsia de un paciente con este cuadro clínico un pinealoma. Los que oíamos estusiasmados esta descripción nos quedábamos por otra parte profundamente sorprendidos: un órgano estimado por Descartes como asiento del alma, engarce entre lo espiritual y lo somático aparecía ante nosotros como actor de una actividad frenadora y moduladora del desarrollo sexual, función que desaparece al destruirse los pinealocitos por el proceso tumoral. En 1959, un año antes de la desaparición de Marañón, era aislada por *Lerner* en las ratas la hormona epifisaria frenadora de las gonadotropinas, concretamente de la HL, o de sus factores hipotalámicos liberadores. El desarrollo de esta función en la especie humana no está todavía precisado, habiéndose observado en animales como la melatonina tiene receptores específicos en ovarios y vagina.

No es posible dilatar estas pormenorizaciones. Al terminar las mismas una sensación muy particular nos invadió. Habíamos sido iniciados en el conocimiento de la Patología General por nuestro gran maestro, Roberto Novoa Santos, uno de los hombres más brillantes que nos ha sido dado conocer y que lo era tanto en la exposición de las enfermedades sistematizadas de la m. espinal como en el estudio de las crisis de Teresa de Jesús y en el cual la ciencia positiva había sido iluminada por las perspectivas a las que fue sometida por von Krehl. Don Gregorio, con una sistemática sencilla, un examen de los problemas clínicos que trascendía de su experiencia, y un análisis de los mecanismos patológicos partiendo de un razona-

miento, atendido a los hechos elementales conocidos, nos situaba en otra perspectiva del enfermar distinta a la que hasta ahora habíamos escuchado. Marañón, distante de la brillantez, la cual según él oscurece, se apoyaba en la claridad y en la sencillez.

Los que sentíamos ya vocación hacia la medicina interna, descubríamos en aquel maestro un auténtico internista, y así lo estimaba la Sociedad que demandó su ayuda. Laín en su magnífico ensayo sobre Marañón, señala que nada más lejos de la realidad que considerarle como un especialista. En 1922, cuando publica su libro, «Problemas actuales de las secreciones internas», la metodología diagnóstica y terapéutica de las endocrinopatías está lejos de exigir una especialización, aparte de la curiosidad que sintiera por la aplicación clínica de los conocimientos fisiológicos sobre los mensajeros químicos, nacidos en el siglo XIX, Marañón busca en su alteración elementos para la comprensión pantiátrica, neohipocrática, del enfermar humano.

Sentimos hoy nostalgia, profundo pesar al recordar este bien perdido. Su sobria elegancia, su moderada expresión verbal, nunca impositiva, creadora de siempre de saberes y consejos discretos. Sus escritos, médicos y no médicos, en los que destacaban la nitidez y la belleza expresadas en un impecable castellano, la más hermosa de las lenguas de España, según su biografiado Antonio Pérez. Volvemos a captar su timidez que él sintió en su juventud y que matizada en el devenir de la vida nunca le abandonó. Su espíritu liberal que no necesitó de afiliaciones y que, como Goethe, sólo subordinaba al orden, al auténtico, el cual, según sus propias palabras, se apoyaba precisamente en la justicia y en la libertad. Ser liberal, dijo, es estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo. El, como Charcot, gozaba en los coloquios donde la diversidad era atractiva y enriquecedora.

Admirado humanista en su vida y en su quehacer profesional ha sido tachado por ello de encontrarse alejado de una auténtica actitud científica. Muy aleccionadoras son a este respecto las palabras de Einstein, «la preocupación por el hombre mismo y su destino ha de constituir siempre el interés principal de los estudios técnicos. Nunca olviden esto en medio de diagramas y ecuaciones».

Contaba Platón cómo a medida que Sócrates sentía que su vida iba extinguiéndose por la acción de la cicuta, observaba en las lágrimas de sus discípulos que la palabra y la crítica de la palabra dejan una huella duradera. Sin que nosotros estuviéramos instalados en una

situación tan dramática, cuando veíamos desvanecerse tiempo antes de su muerte aquella lúcida inteligencia que tantos saberes nos había transferido, al mismo tiempo que permeabilizaba nuestros sentidos y nuestra inteligencia hacia directos conocimientos, sentimos también que algo nos faltaba: alguien que había sido para nosotros, como Kant para Ortega, una atmósfera particular que durante largos años nos proporcionó el «aire» que respira el bien médico, actitud humana en el quehacer, saber en el conocimiento y capacidad técnica en nuestro contacto con los enfermos. Un excelente clínico catalán, Reventós, decía: «una cosa es saber medicina y otra cosa es saber ser médico». Mejor las dos cosas, que Marañón reunía en armónico concierto.

RETROSPECTIVA DE UN MAESTRO

Por el Prof.

ANGEL SANTOS RUIZ

Presidente de la Real Academia de Farmacia

Constituye un ilusionado deber intervenir en este solemne acto de homenaje a don Gregorio Marañón Posadillo en el centenario de su nacimiento. Motivo para mí entrañable y más en tan honrosa compañía. Me atenderé a la precisión protocolaria de lo estricto para ser breve y al dirigirme a tan distinguido auditorio, pido licencia para algunas parcas disquisiciones, de elogio y recuerdo, con ribetes de envidia ajena y propia. Espero no caer en el tópico, si bien la originalidad —que se le enfrenta— de él se aprovecha. Es la intención mía hablar con sencillez, que exige, como escribía D'Ors en sus glosarios, estar de vuelta de las complicaciones que cotidianamente nos envuelven.

En justa correspondencia al interés por mi intervención en esta conmemoración centenaria parece aconsejable algo más que un discursar protocolario. Deseo referirme a vivencias más bien personales con visos de nostalgia, de retrospectiva de un maestro a quien conocí hace ya más de medio siglo. Ante ello inevitablemente vienen a mi memoria las palabras del poeta: edad, como de entre mis manos te resbalas!... ¡Oh, como te deslizas edad mía!...

La crítica imparcial me impele a coincidir con los laudatorios juicios aplicados ya a don Gregorio. Ha dicho Ruskin que en un estanque puede percibirse, con arreglo al gusto propio, el cielo que yace en el fondo o la imagen del cielo que está por encima. Objetivamente obligado he de mirar el sol que juguetea en el agua límpida de sus notorios vencimientos.

I

Baltasar Gracián ha expresado que la compostura del hombre es la fachada del alma, y la hechura del don Gregorio era el frontis de su ánima preclara. Todos sabemos que fue una personalidad relevante en la vida nacional, un gran hombre de ciencia y un magnífico escritor e historiador. Brillante tarea científica y literaria, su destacada ejecutoria como médico consultor, su admirable silueta humana y tantas otras virtudes, han sido intensa y extensamente glosados por múltiples y escogidas voces y plumas nacionales y extranjeras. Me limitaré, por tanto, como acabo de indicar, a un sincero recordar mis contactos con él, singularmente en mis andanzas primicias postuniversitarias.

La impresión que suscitaba don Gregorio era la de un fuego suave que jamás se consumiese. Sus escritos y su palabra sugeridora eran pura creación continua. No tenía la vida fatigada que Nietzsche fustigó, y estaba la suya en actividad constante, abierta a todos, elegante y comunicadora. Por eso el diálogo con él era posible en todos los estratos: desde el más humilde al más encopetado.

Era exigente cuando trataba cuestiones culturales. Unía a una gran perspicacia valorativa, un sentido del deber intelectual que acababa con decisión —que sabía tanto de tantas cosas— ofrecía sus decires sin un adarme de pedantería erudita, y poseía capacidad para vivir lo que a otros puede acontecer. Sentenciaba, y por eso mismo, conminaba: por la sentencia, lanzaba al aire el juicio moral; por la conminación, exhortaba al análisis y a la rectificación. Para él siempre había una posible salida existencial y de ahí arrancaba tal generosidad de su diario comportamiento.

Yo creo que don Gregorio era un pensador cuya temática de inquietud puede inscribirse en una escala ascendente de depuradas calidades. Le recuerdo en su superadora entrega al ejercicio del quehacer intelectual. Su acercamiento a problemas, alentados siempre

por una vigencia de modernidad, lo realizaba con cristalina transparencia, con una lucidez que daba brío juvenil a su trabajo.

Indudables reflejos en los que con don Gregorio colaboraron han sido el gusto por las artes y las letras; de ahí el impacto humanístico. Afortunadamente yo también quedé atrapado en la red de tan excelente influencia, que ha aflorado modestamente en más de un libro y en publicaciones varias.

Muchas son las distinciones recibidas durante mi larga carrera docente y científica —sin duda más de las merecidas—, pero en mi «curriculum vitae» figura una que siempre exhibo con sano orgullo: discípulo de Gregorio Marañón. Pocos somos actualmente los que podemos gloriarnos de tal circunstancia. Tantos y cuantos se fueron tiempo ha, aunque muy especialmente están hoy en nuestro pensamiento.

II

En septiembre de 1932 terminé mi primera licenciatura, la de Farmacia, y, a causa de mis tempranas aficiones bioquímicas, fui presentado a don Gregorio por un amigo de mi familia, Juan Martínez Díaz, para trabajar en el campo de la investigación biológica en el Instituto de Patología Médica, que él dirigía en el Hospital Provincial de Madrid.

Compenetrado don Gregorio con las modernas corrientes científicas, había logrado por entonces, mediante su prestigio personal, que se crease un Seminario de Medicina Experimental anejo a su Instituto, subvencionado por la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores. Este nuevo centro estaba, en gran parte, ubicado en el Laboratorio Provincial —a cuyo frente figuraba el doctor Mouriz— y lo regentaba un excelente investigador, el profesor Juan Antonio Collazo, de origen uruguayo, que había realizado gran parte de sus fecundos estudios en Alemania. Don Gregorio, desde el primer momento, dio, siempre abierto y desprendido, toda clase de facilidades al profesor Collazo, pues sabía valorar con respeto a los hombres capaces, con una sólida formación científica. En estos servicios de investigación, con la mediata dirección insuperable de don Gregorio y bajo la inmediata y amable férula del siempre bien recordado profesor Collazo —mi buen amigo y también maestro—, colaboré con plenitud y entusiasmo desde octubre de 1932 al

mismo mes del año 1934, en que con una beca de la Fundación Conde de Cartagena de ésta hoy Real Academia Nacional de Medicina, me trasladé a Londres para ampliar conocimientos en distintos ambientes y con otros medios.

Comenzó así mi carrera científica, que me ha proporcionado bastantes satisfacciones. Siempre he creído que seguir una vocación tiene un premio del céntuplo, expresión oriental que parece exuberante, pero que es cierta llevada a un nivel de sereno enjuiciamiento. Todo ello, claro está, condimentado con la sal y pimienta del posible fracaso, de la infidelidad y de las omisiones. La labor investigadora conlleva una dedicación desinteresada, un optimismo sin desalientos, una disciplina sin esclavitud. Ayuda si se cae a tierra que sea como el gigante Anteo: para seguir el combate con renovadas fuerzas.

III

El investigador, el hacer diligencias para descubrir cosas en el campo de la medicina clínica había sido, desde siempre, un objetivo de don Gregorio, pero sin duda, en su madurez todavía no estaba satisfecho. El conocía bien lo decisivo de la experimentación animal para el avance de la medicina práctica; de ahí que, cuando la ocasión fue propicia, plasmase sus deseos en la creación de los citados laboratorios de investigación.

Obra exclusiva de don Gregorio fue la introducción en nuestro país de la Endocrinología, rama del saber médico a la que consagró, en el transcurso de su fecunda y dilatada vida científica y profesional, sus mejores afanes. Nombrado en 1931 catedrático de dicha especialidad —creada por entonces— se le permitió asimilar a su Instituto del Hospital Provincial.

Aunque los científicos como don Gregorio saben apreciar la importancia del pensamiento, reconocen, asimismo, que el progreso del conocimiento requiere objetividad, que los experimentos se realizan escrupulosamente y se dé completa cuenta de las ideas y observaciones con la precisión que permitan los medios de intercambio. Las nuevas ideas o descubrimientos no deben nunca considerarse como propiedad colectiva, y la noble competencia entre los científicos por conseguir la atención de los demás no debe alterar el carácter colaboracionista.

La lógica fría y apegada a los racionalismos es sólo una manifestación superficial del conocimiento. La razón se vuelve trivial si

se desconecta de sus puntos de apoyo en la experiencia directa que debe estar disciplinada por aquélla para posibilitar la comunicación.

La ciencia experimental es un camino hacia la verdad, y avanza entre hipótesis que ulteriormente se comprueban o se rechazan. Admite y exige un perfeccionamiento continuo, pero no se opone, de ninguna manera, a otros conocimientos legítimos. El científicismo según el cual la ciencia experimental es el único camino para conocer toda la realidad, es una superstición que traiciona el verdadero espíritu científico. Un importante antídoto frente a ello es la reflexión sobre lo que la ciencia realmente es, y sobre las actitudes de los que, como don Gregorio, hacen posible sus progresos. Estos científicos son hombres como los demás, tienen sus limitaciones y equivocaciones, pero no suelen ceder ante la superficialidad irresponsable; su rigor intelectual se lo impide.

Como ha recordado Herbert, las grandes ideas no han surgido siempre de la Universidad. En bastantes ocasiones, por el contrario, proceden de investigadores independientes de la enseñanza oficial: Leonardo da Vinci era pintor e ingeniero; Copérnico, miembro de la Iglesia; Bacon, hombre de estado; Viète, jurista; Descartes, soldado; Einstein, funcionario de la oficina de patentes. Don Gregorio ejerció libremente durante largos lustros su magisterio en el ámbito hospitalario. A la docencia oficial universitaria accedió ulteriormente —como he dicho— con carácter de especial reconocimiento de sus méritos. Su mayor preocupación fue no romper la continuidad intelectual con el pasado, sino, por el contrario, asegurarla; ser fiel a ciertos principios, prestando atención al mismo tiempo a su posición profesoral para asimilar nuevas ideas. Su magisterio repercutió, en todo momento, en la formación de la juventud: enseñó a los espíritus, ayudó a reformarlos, contribuyó a extender conocimientos y enriquecerlos. Siempre con equilibrio. Eran tiempos en que, como tantas veces, los jóvenes reclamaban el diálogo y la participación, es decir, la vuelta a la idea inicial: *Universitas magistrorum scholarumque*.

Don Gregorio consideraba que la investigación, como proceso creador de nuevos conocimientos y condición indispensable para el pleno ejercicio de la función docente, debía ser parte ineludible de la actividad universitaria. Esta visión del problema —que parece de última hora y es resultado de complejas polémicas— fue norma de conducta durante su luenga vida científica.

IV

En mis años de formación, junto a don Gregorio y al profesor Collazo, tuve ocasión de tratar a una serie de personas que después serían muy distinguidos colegas como Barbudo, Bonilla Martí, Peña Regidor, Fernández Cruz, Pérez Vitoria, Sánchez Rodríguez y Torres Salas. De todos —algunos ya desaparecidos— guardo gratísimas impresiones y una fuerte amistad sin egoísmos. Y es que el contacto con otras gentes que responden a una llamada específica en el campo de lo especulativo supone algo como una brisa fresca en un día caliginoso, un rayo de luz solar en un recinto oscuro... En el trabajo duro al lado del Profesor Collazo, junto a la rigurosidad teutona investigadora, había también toques relajantes de bohemia latina. Más de una reunión científica privada, para ordenación de datos y redacción de logros, se prolongaba sobre lo previsto con la cálida charla amistosa y la audición de dulce y suave música porteña.

Mi preparación químico-biológica incipiente me permitió participar bivalentemente en los ensayos en marcha: tanto en el campo puramente analítico como en de la experimentación animal. Todo ello con el objeto de la *recta ratio agibilium*, que reside en el intelecto práctico y se basa en la relación —racionalmente concebida y justificada— entre los fines por alcanzar y los adecuados medios para ello.

No hay que confundir e involucrar al que colabora con sus discípulos con el creador de una escuela, pero debo confesar que siempre aspiré —como don Gregorio y el Prof. Collazo— a poder formar un grupo de colaboradores que se impusiesen en diversos sectores de la ciencia por mí cultivada, y constituir así focos de trabajo activo: como don Gregorio, creo que por encima de la abeja está el enjambre.

Fruto de mi dedicación vocacional en aquella época fueron varias publicaciones analíticas referentes a la determinación de ácido láctico, colesterol, sodio y vitaminas en líquidos biológicos y otras de índole experimental en animales relativas a las vitaminas A, C y D. El escorbuto, la tetania y el coma hipercalcémico ocuparon consecuentemente mi atención dirigida.

En marzo de 1934 pronuncié mi primera conferencia —llamémosla así—, en el Aula del Instituto de Patología Médica de Madrid, sobre química de las vitaminas, tema candente y fundamental en aquella época. Entre el público, en el primer banco, estaba sentado, como era su costumbre, con ejemplar sencillez, don Gregorio, que

antes había hecho mi introducción y después me alentó con palabras de felicitación. A este respecto quiero recordar que José Cadalso escribió en sus «Cartas Marruecas» que el hombre grande nunca es mayor que cuando se baja al nivel de los demás, sin que eso le quite el remontarse después donde lo encumbra el rayo de la suprema esencia que nos anima.

Don Gregorio apadrinó mi tesis doctoral en Farmacia, que fue juzgada en octubre de 1934. Yo no era individuo ajeno a la Facultad de Farmacia de Madrid, puesto que formaba parte del Cuerpo docente de la misma en la incipiente condición profesoral de Ayudante de clases prácticas de la asignatura de Química Orgánica.

El citado año de 1934 fue para mí pródigo en novedades, algunas tan sensacionales como la participación en un certamen de extraordinaria categoría como el Congreso Internacional de Química Pura y Aplicada. Se verificó éste en Madrid, con asistencia considerable, en cantidad y calidad, de científicos de todos los países. Di cuenta de una comunicación y tuve oportunidad de ver de cerca e incluso conocer personalmente a las para mí —en tales fechas— figuras casi míticas, cuyos nombres manejaba en la literatura científica.

Después de doctorarme trabajé con el Prof. Jack Cecil Drummond el curso académico 1934-35, en el Department of Biochemistry del University College londinense. Durante el curso 1935-36 realicé investigaciones en la Sorbona con el Prof. René Fabre, primero, y a continuación con el Prof. Antoine Giroud, hasta que en febrero de 1936 me incorporé a la Universidad Central de Madrid como nuevo Profesor Auxiliar Temporal de Química Biológica.

Sin embargo, mi etapa de estudiante y postgraduado no había terminado todavía. Años después cursé mis estudios de licenciatura en la Facultad de Medicina de Salamanca y en 1954 me doctoré en Madrid, única posibilidad oficial por aquel entonces. Por otra parte, el perfeccionamiento en mi formación científica especializada me obligó en ocasiones varias a desplazarme a diversos países, principalmente a Estados Unidos.

El período de encargado de la cátedra de Química Biológica del Doctorado, común a las Facultades de Farmacia, Ciencias y Medicina, fue para mí ocasión para desplegar actividades docentes e investigadoras. Tuve grandes dificultades, ya que coincidió esta época con dos momentos delicadísimos de la historia española: los meses de preguerra y postguerra civil. Me enorgullezco de pertenecer a la sufrida generación que, calladamente, cargó sobre sus hombros la

ingente tarea de recuperación de una España desgarrada por luchas intestinas.

V

La impronta que podríamos calificar de marañoniana, a la que antes he aludido, ha resistido en mí el paso de los años, y fruto de ella han sido la laboriosidad —siguiendo un ritmo de quehacer como «traperero del tiempo»— y mis aficiones en el terreno de lo hormonal. Tanto es así que cuando he tenido mayor libertad de trabajo, con motivo de la jubilación, he dictado un curso —varios ya— sobre Bioquímica Endocrinológica ante la indiferencia oficial, si bien alentado por apretados grupos de escogido alumnado voluntario.

Insisto en que don Gregorio supo aunar en la diaria labor del Instituto de Patología Médica las tareas clínicas a las de investigación, y ambas a la enseñanza y a la formación de profesionales y científicos. Testimonio de cómo supo cumplir tal tarea lo ofrece el volumen «Veinticinco años de labor», publicado en 1935, y los números del Boletín del Instituto de Patología Médica y, por supuesto, su ingente actuar en el campo clínico y endocrinológico, y también en el literario se recopila en los tomos de sus «Obras completas», las cuales poseo y cuyo primer volumen fue un regalo inapreciable de doña Dolores Moya, su esposa abnegada.

En don Gregorio, sus libros, sus artículos humanísticos y también los científicos son como palabras en el tiempo, arbotantes catedráticos, piedras puestas en la columna de una rigurosa construcción, en una espiral que transfigura el estado anímico. Toda la fugitividad del *Ibi sunt* renace y se recrea sin espasmos, sin crepitación, en sus publicaciones. Su intuición para calar y definir la intimidad del hombre en su dimensión intransferible está presente en todas sus obras y no es fácil hallarle un continuador: yo diría que alguien como él es irremplazable.

Leer es asomarse a nuevos horizontes. Cada libro es una ventana y ésta se abre cuando necesitamos comunicarnos con los demás. Por eso va bien el libro con la feria, ese feliz término de nuestro paladino romance, caudaloso y ambiguo, que lo mismo dice de un mercado que de las fiestas que se celebran con tal ocasión. Por ello leemos cuando tenemos o sustentamos una actitud de confianza y serenidad, cuando juzgamos que el presente no está solamente erizado de hostilidad y el futuro no se cierne sobre nosotros como una amenaza. Por eso hoy día tenemos que abrir los libros de don Gre-

gorio con un gesto de confianza y leerlos con una virtual alegría que no debemos frustrar.

VI

Ante desinteresadas larguezas, la ponderación reclama el reconocimiento. En consecuencia, creo que todos sus discípulos admitimos la superioridad del donante —de don *Gregorio Marañón*—, que inclinó su voluntad libremente hacia nosotros y materializó su afeción en dones destacados, como los que correspondían a su magisterio. Sería acusada simpleza confundir liberalidad y beneficencia con paternalismo. Yo recibí en su día tales beneficios con el máximo énfasis, ya que después en toda ocasión he sentido una sosegada comezón por tornarme de cara a la fuente de bienes que se me otorgaron con desmesura.

Como muestra de la preocupación al detalle de don Gregorio por sus discípulos citaré que cuando salí pensionado para Gran Bretaña llevaba en mi bolsillo una carta autógrafa de presentación para su íntimo amigo don *Ramón Pérez de Ayala*, entonces embajador de España en dicha nación. Yo diría que nuestro personaje era cartesiano en lo que se refiere a sus relaciones con los demás: «No ser útil a nadie equivale a no valer nada.» Otro ejemplo íntimo data igualmente de aquellas calendas. En los broncos tiempos de una España hostil y desgarrada, al borde del fratricidio, enfermó mi padre tan inesperada como gravemente. Si bien el desenlace fatal era inevitable, don Gregorio —a pesar de sus grandes ocupaciones y tareas— acudió con premura a mi llamada de hijo angustiado. Nunca lo he olvidado... Poco después del sepelio de mi progenitor se celebraba el funeral en su memoria. No hubo más ceremonias religiosas en la iglesia, puesto que al día siguiente fue saqueada y quemada por las turbas: era el 19 de julio de 1936.

Señor Presidente, señores Académicos, señoras y señores:

Después de la guerra civil, hasta que tornó a la Patria, recibí noticias de don Gregorio por familiares y amigos. En sus últimos años de vida tuve la satisfacción de verle con cierta regularidad, con motivo de una Comisión dependiente de la División de Ciencias del Consejo Superior de Investigaciones Científicas que él presidía y de la que yo formaba parte. En esta etapa se creó el importante Centro de Investigaciones Biológicas, del que fue patrocinador entusiasta de acuerdo con su ideario científico permanente.

El postrer momento en que estuve a su lado fue para acompa-

ñarle el día de su entierro, el 28 de marzo de 1960. Como tantos otros, no pude subir a la capilla ardiente, dado el enorme acúmulo de gentes que acudían a despedirle definitivamente en este mundo. Junto a mí, el famoso torero Juan Belmonte, con los ojos empañados de lágrimas, también pugnaba por entrar en el portal.

De mi relación con don *Gregorio Marañón Posadillo* y de mi convivencia con él, de maestro a discípulo, yo resaltaría su permanente ejemplo cristiano de generosidad, de tolerancia y de comprensión: generosidad es dar, tolerar es permitir, comprender es entender, entender es amar.

Mi remembranza de su señera figura quizá pudiera resumirse en las estrofas del canto de Neruda:

*Abeja blanca, ausente, aún zumbas en mi alma.
Revives en el tiempo, delgada y silenciosa...*

He dicho.

MI HOMENAJE A DON GREGORIO MARAÑÓN

Por el Prof.

AMADOR SCHÜLLER

Rector Magnífico de la Universidad Complutense. Madrid

El 12 de marzo de 1922, Gregorio Marañón leía su discurso de ingreso en esta Academia, pocos días antes de cumplir treinta y cinco años, «Problemas actuales de la doctrina de las secreciones internas», ocupando a continuación el sillón 26 de la misma.

Su prestigio como escritor de prosa elegante, clara, con estilo propio; los ensayos, la investigación biográfica crítica desde su atalaya de médico y psicólogo, escudriñando formas de pensar y comportamientos; la inquieta búsqueda de la verdad en la Biología y Patología, siendo testigo de la pobreza científica hispana de la época, e impulsado por el ejemplo de Ramón y Cajal y otros científicos, comprendió la trascendente repercusión social de la ciencia. Ejerce de investigador, profundiza en el conocimiento básico de los problemas médicos. Investiga y crea conceptos. Al mismo tiempo ama ciencia y estética. Ama la belleza de la Naturaleza. En su obra escrita hay cantos a las Bellas Artes. Marañón médico científico y clí-

nico, profesor y maestro, humanista y escritor, ve abiertas sucesivamente las puertas de otros recintos académicos: ingresa en la Academia Española en 1933, a los cuarenta y seis años; en la de Historia, en 1934, con cuarenta y siete años; en la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en 1947, a los sesenta años, y en la de Bellas Artes de San Fernando, en 1956, a los sesenta y ocho años. Académico de número de las Academias de París y Milán.

¿Cómo era Marañón médico? Los que convivimos algún tiempo con Gregorio Marañón podemos afirmar que era ante todo médico excepcional, a la par que médico práctico y médico científico. Licenciado en 1909, doctor en 1910, su quehacer médico debe enjuiciarse teniendo en cuenta su época.

Su actividad médica evolucionó desde *médico generalista*, cuando gana las oposiciones a Médico de Entrada del Hospital General de Madrid, organizando y trabajando en Salas de enfermos infecciosos (años 1911 y 12), y años después planificando su modélico Instituto de Patología Médica, *hasta convertirse*, sin abandonar la Medicina interna, en endocrinólogo y fundador de la primera Escuela de Endocrinología Española.

Contribución al auge de la Medicina interna. Fue importante: organizó el Instituto de *Patología Médica* como un gran *Departamento* de Medicina interna, quizá con mayor amplitud de lo abarcado por esta denominación, pero, sin duda, modelo a seguir por su eficacia. Constaba de cuatro salas con pacientes de *Medicina interna*, una policlínica externa, *especialistas consultores* para enfermos de policlínica o ingresados, un laboratorio para investigación clínica, un departamento radiológico, una biblioteca y un aula de sesiones y clases.

Fundador con Pedro Pons y Jiménez Díaz de la Sociedad Española de Medicina Interna, siendo sus dos primeros secretarios el doctor Jimena y el doctor Oya. Agrupáronse así bajo sus auspicios los internistas españoles y concurren a reuniones y congresos nacionales e internacionales.

El *Instituto de Patología Médica Marañón* se constituyó en Escuela de internistas al mismo tiempo que de especialistas. Prueba de ello el elevado número de jefes de Servicio, de Departamento y catedráticos de Universidad nacionales y extranjeros que de él han salido.

Creó el Boletín del Instituto y en colaboración con Hernando editó un magnífico manual de Medicina interna. Del tronco de esta úl-

tima surge vigorosa una rama: la Endocrinología, Nutrición y Metabolismo, camino que sigue Marañón, por el que llega a ser internista especialista, internista-endocrinólogo y sin que lleguen a separarse en él estas dos facetas.

¿Cómo practicaba la Medicina? Rigurosamente fiel al llamado *método clínico*: primacía a la historia y exploración clínicas, racional petición de las más modernas técnicas complementarias de investigación bioquímica, radiológica, etc. Marañón, muy atento a las innovaciones científicas y tecnológicas, incorporaba aquellas que tuvieran demostrada capacidad resolutoria diagnóstica.

Exigía detenidos interrogatorios, minuciosas exploraciones clínicas clásicas. Defendía la costumbre de hacer un resumen clínico agrupando síntomas y signos de enfermedad, haciendo un diagnóstico sindrómico, para con los datos complementarios hacer el diagnóstico diferencial, el directo o nosológico, el topográfico, el funcional o fisiopatológico y finalmente, si se podía, el etiológico.

En todo paciente enseñaba la indagación fisiopatológica y consideraba a la lesión como la conciencia morfológica de la enfermedad. Prueba de lo que digo es su costumbre de acudir a la Sala de Autopsias del Hospital General a presenciar éstas, recibiendo con gran interés el dictamen de las causas de muerte, emitidas allí por los entonces profesores Pérez Lista, Arteta y Zamorano. La gran lección de los errores clínicos, unas veces; de lo que no se había observado, otras; de lo que no fue bien interpretado en vida del enfermo, servía de inolvidable aprendizaje en sesiones especiales anatomoclínicas.

Marañón catedrático. La transformación de su magisterio al frente del Instituto de Patología Médica en enseñanza universitaria fue insensible, fácil, cuando por sus afanes docentes, por su fama de profesor clínico e investigador, es nombrado catedrático extraordinario para ocupar la creada cátedra de Endocrinología Clínica (año 1931), asignatura optativa del Doctorado de Medicina en la Universidad Complutense. En ella ejerció con brillantez la docencia durante *veinte años*, formando elevado número de discípulos, dirigiendo muchas tesis doctorales y trabajos de investigación. En nuestra Universidad fue no sólo profesor, sino *maestro*, ya que se cumplieron en su magisterio aquellos requisitos que Marañón expresó: «El profesor sabe y enseña; el maestro sabe, enseña y ama. Y sabe que el amor está por encima del saber y que sólo se aprende de verdad lo que se enseña con amor» (palabras en el homenaje por la jubi-

lación de Cañizo), pero habría que añadir que fue maestro por la forma de enseñar el arte clínico, que él aprendió de Madinaveitia, San Martín y Alonso Sañudo; la forma de exponer para enseñar la ciencia médica y la forma de enseñar normas de conducta y modos de comportamiento. Así, crea escuela, agrupa discípulos bajo un denominador común y deja un legado extenso, ingente obra médica *cuanti y cualitativa*: 32 libros de Medicina y más de 400 trabajos clínicos y de investigación, en la que se comprueban ora originales hallazgos, ora criterios y conceptos; *médico y profesor creativo*, debemos concluir que mereció cumplidamente el calificativo de maestro.

Su obra fundamental, la creación en España de la Endocrinología como especialidad; casi al tiempo que Pende en 1912 acuña dicho nombre, Marañón publica en 1914 el tratado de las glándulas endocrinas y de la nutrición, y en 1915 la «Doctrina de las secreciones internas. Su significado biológico y aplicación a la clínica». Considera el sistema endocrino conjunto de glándulas al que incumbe, junto al sistema nervioso, una función reguladora, insistiendo en igual sentido en su discurso de ingreso en esta Academia (1922) y en el libro que con el nombre de «Introduction à l'étude de l'Endocrinologie» publica en París en 1945.

Justo es reconocerle originalidad y primacía en la serie de trabajos que publica relacionados con el desarrollo del sexo, pubertad, climaterio, estados intersexuales, de los que no haré comentario, si bien insistiré en que ciertos criterios expuestos por Marañón en sus libros: «La edad crítica» (1919), «Tres ensayos sobre la vida sexual» (1916), «El climaterio en la mujer y en el hombre» (1919), están hoy vigentes, tanto como los que consideraba al relacionar constitución y temperamento y glándulas endocrinas (constitución androide y ginoide, etc.).

Gregorio Marañón dedicó desde 1912 especial atención al sistema diencefalo-hipofisario, describiendo la mano hipogenital, confiando rango etiopatogénico a las lesiones por él observadas en el hipotálamo y en el tallo pituitario, en síndromes adiposogenitales, en tres síntomas neurohipofisarios («Pathologie de l'hypophyse», publicado en París en 1948 con Richet y Rimmer), en insuficiencias hipofisarias crónicas postraumáticas («Nouveau iconographie de la salpetriere», 1917), con mixedema secundario e impotencia («Über die Hypophysäre Fettuscht», en *Dtsch. Arch. Klin. Med.*, 1926), trabajos referidos en el libro *Glandule Hipofisis*, editado por Harris y Dono-

van. Considero *princeps* su descripción de diabetes insípida por insuficiencia posthipofisaria asociada a distocia por inercia uterina (*Brit. Med. J.*, 1947, «Diabetes insipidus and uterine atony»).

En extensa serie de publicaciones relaciona con gran originalidad e intuición emociones, sistema diencefalo hipofisario y sistema endocrino; hoy se conoce que el *stres* emocional provoca en el animal mayor secreción de bendorfina en la *pars* intermedia y el *stress* sistémico en el lob. ant. (*Tielders*, 1982); habla de síntomas de Basedow desencadenados por aquéllos; describe el síndrome de adiposidad Basedow y distermia; el de la craneopatía metabólica, con el que conoce el síndrome de Morgagni de hiperostosis frontal interna, relacionándolos todos con disfunción o/y lesión diencefálicas.

Pionero en los estudios sobre el *crecimiento* y de los enanismos, en sus tratados de Endocrinología decía: «El hipotálamo a través de las glándulas de secreción interna (hipófisis anterior, tiroides y gónadas) influye en el crecimiento y desarrollo; muchas variedades de enanismo surgen al escapar de dicho control por alteración del diencefalo o en algunos de los citados eslabones.»

Tenaz investigador de la patología tiroidea desde su tesis doctoral en 1911, describiendo después características clínicas, formas clínicas diversas de Basedow y del mixedema; original descripción del reflejo oculocardiaco en el hipertiroideo (1916), del signo de la mancha roja que hoy lleva su nombre (1923), de la maniobra de Marañón para detectar en clínica la prolongación retroesternal de un bocio (publicado en *Sem. Hop. de Paris* en 1951); resalta los hipotiroidismos subclínicos, describe el primero la cardiopatía mixedematosa, con López Morales, en 1928.

Su aportación al conocimiento anatómico y funcional de los paratiroides en 1912, de los primeros en Europa, siendo, con Albright, de los primeros en referir casos de patología paratiroidea (tetania postparatiroidectomía).

El primer médico español que hace un estudio clínico, epidemiológico y sociológico del problema del *bocio endémico*, del *cretinismo* y de la patología cerebral y mental grave que conlleva.

Conceptos originales y pioneros son los que expone al tratar la crisis addisoniana, la hipersensibilidad a la insulina de los enfermos de Addison (trabajos sobre esta enfermedad en 1920, 1925 y 1930), los beneficiosos efectos del cloruro sódico (trabajo con Jimena publicado en 1930) y su aportación monográfica con el doctor Fernández Muro Noguera, en 1957, sobre la enfermedad de Addison, co-

mentado en su experiencia de 400 casos. Pero quizá lo importante desde el ángulo conceptual y fisiopatológico fue la comunicación de *Síndrome de Cushing* ocasionado por *tumoración corticosuprarrenal*, cuando la génesis de dicha enfermedad se centraba exclusivamente en el basofilismo pituitario tumoral.

Al mismo tiempo que Lablé, describe Marañón en 1927: «Prediabetische Zustände», la *prediabetes*, visión del problema de indiscutible mérito y tan trascendente como lo fueron sus trabajos y criterios sobre *obesidad*, que era considerada por él en exógena y endógena (endocrino-metabólica). El creía que casos de obesidad extrema dependían de una influencia diencefálica, central y por una alteración metabólica aún por descubrir, intuyendo lo que muchos años después Newcombe demostró al observar la alteración de ciertos y complejos ciclos metabólicos. Hizo hincapié en la asociación obesidad-diabetes-hipertensión arterial-ateroesclerosis-gota y en aquella otra propia del síndrome de Achard-Thiers.

Pero no se crea que destacó sólo por su aportación endocrinológica; también por aquellas otras de *puro internista*. El trabajo sobre febrículas, meningitis (en los que describe el signo nuca-plantar, complementario del signo de Kernig, y de valor semiológico, que lleva su nombre); sus estudios sobre patogenia de los reumatismos crónicos, destacando su esfuerzo de síntesis nosográfica de ellos, y especialmente el manual de Medicina interna con Hernando, ya mencionado, y el Diagnóstico etiológico. Este tratado, de estructura original, sólo puede hacerlo un médico profundamente conocedor de la fisiopatología clínica. Un gran patólogo general, porque Marañón, magnífico patólogo especial cuanto endocrinólogo, lo fue siendo a la vez excelente fisiopatólogo clínico general. Marañón, creador y fundador de una Escuela de Endocrinología Clínica, creó las bases para progresar hacia la nueva era de la Endocrinología Molecular, en la que hoy nos encontramos. Mundo complejo de péptidos, como los de la POMC, de los receptores celulares y sus mecanismos de síntesis, internalización y secuencias diversas. Marañón respondió al reto de un avance en la investigación clínica. Nosotros debemos responder, siguiendo su ejemplo, a este otro reto de la investigación celular y molecular.

**HOMMAGE DE LA FRANCE AU PROFESSEUR
GREGORIO MARAÑÓN**

Par

M. GABRIEL RICHET

Membre de l'Académie de Médecine, Professeur à l'Université
Pierre-Marie de Paris

Lorsque le Professeur Gregorio Marañón a été élu à l'Académie Nationale de Médecine, à Paris, il n'était pas seulement connu et estimé de l'ensemble de notre Compagnie. Une amitié profonde l'unissait aussi à bien de nos membres. Cette amitié a duré jusqu'au terme de sa vie. Gregorio Marañón est toujours présent parmi nous. Son éloge, prononcé par Maurice Loeper en 1960, serait aujourd'hui écouté avec la même respect, admiration et affection. Une phrase en révèle l'esprit : «Un grand Médecin certes, plus encore un Homme, dont l'Espagne n'est pas seule à être fière.» Notre Compagnie, son Président René Küss et son Secrétaire Perpétuel André Lemaire m'ont dépêché ici pour les représenter, pour dire à la Real Academia Nacional de Medicina combien son invitation honore notre Académie et pour rappeler à la famille de Gregorio Marañón qu'elle compte toujours de fidèles amis dans notre Pays.

La personnalité de Gregorio Marañón s'est imposée dans les années 20 à l'ensemble de l'Univers médical. Son humanisme latin effaçait frontières et distances. Sa volonté de faire progresser la Médecine vers l'exigence était proclamée et, loin de rejeter les acquis de la tradition, il les utilisait comme tremplin pour passer de la preuve par accumulation à la preuve par démonstration.

Jeune Professeur, il fait une irruption fracassante, déconcertante pour beaucoup, en considérant le fait psychologique non pas comme un artifice utile à l'art médical et à la compassion, mais comme une donnée réelle aussi importante qu'un désordre biochimique. Il l'avait dûment observé et en avait mesuré toute la portée, pas seulement chez ses patients mais aussi dans la vie de chaque individu, aussi fruste fût-il. De cela il a convaincu ses contemporains, autant les Médecins que les laïcs, grâce à ses écrits historiques. Cette façon de comprendre l'existence a dû peser lourd dans le rôle qu'il attribuait à la Justice, qu'il élevait au pinacle lorsqu'elle était doublée d'une intelligente tolérance. Il savait que la Justice ainsi comprise

était une condition de la Paix, à l'intérieur des Communautés ou entre les Nations. Mais il attachait au moins autant de valeur à ce qu'elle apporte à la structure de chacun d'entre nous, à notre statue intérieure, comme dit François Jacob.

Oui le Cénacle Médical de France, sensible à la Pensée Espagnole, fut très tôt conscient de ce qui faisait de Gregorio Marañón un Collègue hors pair, dont le contact honorait ceux qui avaient le privilège de l'approcher.

Un autre aspect de sa personnalité a profondément impressionné l'ensemble de notre Médecine, du Collège des Professeurs aux jeunes Etudiants qui avaient la chance d'être attachés aux Services Hospitaliers parisiens que Gregorio Marañón a fréquenté il y a cinquante ans.

La tourmente l'avait jeté à Paris avec Madame Marañón et deux de leurs filles. Ecartés de leur Pays, ils ont souffert, sans une plainte, avec une dignité que le jeune homme que j'étais n'a pas remarqué alors, tant elle était naturelle et discrète. Au fil des années, l'Etudiant de 1938 a rétrospectivement évalué cette forme de noblesse, la plus achevée. Les épreuves subies par les uns et les autres de ses compatriotes, Gregorio Marañón les a durement ressenties comme il le confiait parfois dans l'intimité à mon père, Charles Richet, auquel il était fraternellement uni. Inaccessible à l'abattement, il poursuivait avec acharnement son oeuvre d'historien, de psychologue, de penseur. L'influence qu'il a exercée comme écrivain pendant ces dures années donne la mesure de son énergie, du bouillonnement de ses idées et de son contrôle intellectuel. Ainsi il a pu dépasser les angoisses qui l'étreignaient cruellement car il était tout sauf indifférent.

Sa pensée médicale était de la même veine. Elle témoignait de la vision à long terme qu'il avait de notre vocation. Dominait la notion de la grande aventure créatrice qui bientôt bouleverserait tout. Son enseignement en était empreint, partant de la nosologie classique pour y incorporer les données propres aux sciences exactes. Et ainsi il renouvelait le raisonnement clinique et stimulait l'hypothèse de travail qui devait être féconde. L'insertion réciproque de ces deux types de connaissances était spontanée chez lui. D'ailleurs, avant d'être un clinicien internationalement reconnu, n'avait-il pas été un disciple estimé de Ramón y Cajal, qui aurait souhaité le retenir dans son Laboratoire? Grand Enseignant, cette attitude intellectuelle il ne l'assenait pas du haut de sa gloire mais la partageait

familièrement avec tous ceux qui l'approchaient. Nous étions un petit groupe de jeunes Etudiants, affectés au Service de Pasteur Vallery Radot, que Gregorio Marañón, en mal d'Hôpital, honorait assez souvent de sa présence. Aucun de nous ne l'a oublié tracer, au lit d'une patiente de la Salle Charcot, ce que serait bientôt la physiopathologie de l'Insuffisance Surrénale. En un mot, c'était l'amorce de toute l'endocrinologie moderne. Son propos était documenté, précis et simple à la fois, intelligent et mesuré, respectant les domaines incertains. Un bijou ciselé avec les outils d'alors suivi d'un développement annonçant le proche avenir. D'ailleurs, son existence durant et dans tous les domaines où il a excellé, Gregorio Marañón s'est sans cesse tourné vers le futur. Ce futur, il l'a frappé de sa marque, à l'image de ce qu'il a fait de sa vie, véritable doublon d'un métal encore plus inaltérable que l'or, le triple alliage de l'Honneur, de l'Intelligence et de la Générosité.

PALABRAS DEL PRESIDENTE, PROF. J. BOTELLA LLUSIA

Hemos querido que este acto de nuestra Academia de Medicina fuera deliberadamente sencillo. Y hemos querido también que en él se glosase solamente la figura médica de don Gregorio, porque de los brillantes actos hasta ahora celebrados se saca la impresión de que Marañón era un gran escritor, un humanista, un filósofo o un historiador, pero parece olvidarse un poco que, además de ser todo aquello, fue además un extraordinario médico. Es más aún, diríamos que fue todo aquello, porque lo primero que supo ser fue un hombre entregado a sus semejantes y los supo curar no sólo con enorme sabiduría, sino también con exquisito amor.

Hoy hemos hablado los que fuimos sus discípulos, no todos los muchos que él dejó entre los médicos españoles y no españoles. Estos son tantos que una lista medianamente representativa haría este acto interminable. No; hemos hablado sólo unos pocos, y pedimos perdón a los muchos que hubieran querido también hablar, a la vez que trataremos de ser intérpretes de sus sentimientos.

Pero quizá haya faltado hoy aquí la voz de sus enfermos, que tanto le amaban, desde los más altos miembros de la aristocracia española de entonces, hasta los más pobres y desvalidos de aquel

Hospital General. Porque por encima de sabio fue ante todo un hombre bueno, de una bondad sin límites, de difícil repetición.

Por no abusar de vuestro tiempo, yo quisiera aquí, después de haberse hablado de los aspectos más fundamentales y originales de su obra médica, decir algo sobre su teoría de la Evolución de la Sexualidad. Marañón suponía que la mujer era un estadio intermedio entre el niño y el hombre, y lo fundamentaba en los cambios morfológicos, funcionales, endocrinos y psíquicos que se observan en la pubertad del hombre y en el climaterio de la mujer. Cuando él defendía esta tesis en un libro memorable allá por 1927, libro que después se ha traducido a tres o cuatro idiomas; estaba muy lejos de suponer que treinta años más tarde los hallazgos de la genética animal habían de darle la razón. La especie humana, como la mayoría de los mamíferos, es protogínica, es decir, que tiene como sexo primario el femenino. Pero hay otras especies protándricas, como, por ejemplo, las aves y los reptiles; que tienen como sexo básico el varonil. Las especies protándricas tienen un sexo masculino homocigótico, de cromosomas sexuales iguales —ZZ—, mientras que el sexo femenino es heterocigótico —ZW—. En las especies protogínicas —la humana entre ellas— el sexo femenino es el homocigótico —XX—, mientras que el heterocigótico es el masculino —XY—.

En los mamíferos el sexo nace ya diferenciado en una fase embrionaria precoz. El fetito es claramente varón o hembra y cambia ya muy poco en sus aspectos anatómicos y sólo evoluciona en aspectos funcionales o psíquicos que Marañón tuvo el gran acierto de percibir. Pero los batracios, los anfibios y los peces, nos han suministrado ejemplos de evolución muy lenta del sexo hasta llegar a la vida adulta y ellos han servido de test a la teoría de la evolución de la sexualidad. Pues bien, siempre se ha demostrado, que los animales con sexo básico masculino evolucionan de hombre a mujer y que los de sexo básico femenino, como el ser humano, van de mujer a hombre. Este es así biológicamente un estado más diferenciado que aquélla. También Marañón lo creía así. Y habría que pensar que no fue Eva la que nació de una costilla de Adán, si no éste el que se derivó, no sé si de la costilla o de otra parte del Cuerpo, de la primitiva mujer.

He querido poner este ejemplo de una aportación decisiva de Marañón a las ciencias biológicas; pero toda su obra está llena de atisbos geniales. Y será misión de sus discípulos —misión que hasta

ahora hemos realizado muy a medias— el desarrollar estas enseñanzas que quedaron entre nosotros, como una flor perenne que nunca se marchita.

Pero no quisiera cerrar este acto, que es también el último o casi el último que se celebra en Madrid; sin dedicar un recuerdo, que no se ha hecho apenas, a su compañera de toda la vida, la que hizo posible —dándole el reposo y la paz necesarios— toda su labor. Sobre Dolores Moya de Marañón queda mucho por decir, que no se ha dicho. Y yo a pesar de lo avanzado de la hora, y sabiendo que tengo que pedirlos que me perdonéis por abusar de vuestra paciencia, voy a leeros una columna, que yo mismo escribí en «ABC» hace once años, pocos días después de su muerte. Dice así:

«"Lolita, ¿qué tal día hace?" "Gregorio, espera que amanezca y te lo podré decir." Esta anécdota que quizá no muchos conozcan, era el retrato de una pareja. A las seis de la mañana, a veces antes, se levantaban y empezaban a trabajar. Y él le dictaba a ella sus cartas y sus planes de tratamiento. Esas cartas y esos planes —hay que reconocer que nunca fue ella tan perfecta en todo, una gran mecanógrafa— que luego el corregía y puntuaba amorosamente, dándoles ese tono de calurosa intimidad que nunca tienen las cartas perfectamente dactilografiadas en una de esas máquinas eléctricas que hoy se usan tanto. Hora tras hora, día tras día, ella estaba con él. Detrás de él, fundida, como soldada firmemente a su quehacer. En París, le acompañaba para recoger bibliografía para su Antonio Pérez; en Madrid aceptaba todas sus cargas sociales para poderle procurar un momento de descanso. En Toledo, en fin, nos despachaba a los visitantes cordiales pero inoportunos a visitar conventos con algún guía ilustre, para poder proporcionar un ratito de tranquilidad a su "traperero del tiempo" en la intimidad de su escritorio. Cada página de don Gregorio tiene como leve veladura de amor la sombra de Lola. De una Lola que estaba detrás siempre y que fue con total desinterés de su propio brillo —que lo tenía y bien grande— la artífice de la aureola de Marañón. Fíjate bien, lector, que no digo de la "figura",

sino de la "aureola". Don Gregorio hubiera sido Marañón igual médico que escritor, historiador que periodista. Y hubiera sido también el mismo, casado con otra, o soltero o viudo, y me atrevo a decir que también monje; que mucho de monje tenía. Pero el brillante luce más con su montura. Cualquier cosa vale más o luce más en bandeja de plata. Y esto fue ella. Los españoles tenemos que estarle eternamente agradecido, porque hizo posible ese milagro vivo que era Gregorio Marañón.

Y también tendremos que recordarla siempre por su ejemplo. Ahora que está tan de moda eso que se llama "liberación de la mujer", esa actitud femenina de "realizarse a sí misma"; he aquí que una de las mujeres más inteligentes y cultivadas de su tiempo, hija de un hombre influyente, popular y querido, decide con vocación de casada perfecta, entregarse toda a su marido. Nor ha demostrado con ello que la esposa y la madre puede ser todo en su propio mundo, sin competir en las vanidades de ese otro mundo exterior al individuo y a la familia, que es la sociedad.

Todo esto suena hoy a antiguo, quizá hasta tiene un ribete de reaccionario. Pero yo os digo muchachas, jóvenes casadas de hoy, que imitéis si sois capaces, porque no es fácil de imitar; la vida de Lola Moya. Vida de inteligencia y de discreción, de voluntad de hierro sin parecerlo. De bondad y de paciencia hasta el fin. Una mujer que si hubiera vivido hace siglos, hubiera encantado a Fray Luis de León. Camilo José Cela llamó a su marido, cuando murió "el Español". Permitidme que yo ahora la ponga como ejemplo de española.»

Esto escribí yo a los pocos días de su muerte, creo que no debo dejar pasar este centenario, sin repetirlo.